

CHARLA ENTRE DOS OPUESTOS.

geraldine robles chipana



Capítulo 1

CHARLA ENTRE DOS OPUESTOS.

Joao Terranova era todo lo malo -y mezquino, para que negarlo -que una persona podía llegar a ser. Soberbio, presumido, orgulloso, zalamero, adulator... estos y otros adjetivos nada favorables eran y siempre serían los característicos de Terranova. Él había llegado desde Brasil (que sí, hay que saber reconocer apellidos) a la temprana edad de diez años. Hijo del coronel Hugo Terranova -para quien no le conozca, hacer el favor de googlear -el cual, por razones que no vienen al caso, había caído en desgracia lo que había causado que su esposa, una bella mujer de nombre Margarita Passi (descendiente de un conocido comerciante de la industria maderera de nombre Luca Passi) le abandonase llevándose a su único hijo. Le dejó sin avisar, sin tan siquiera una nota de despedida. Antes de irse mantuvo una charla con un amigo de su total confianza en mas o menos estos términos:

-Me voy mañana para otro lugar, Pablo. Te agradecería no se lo comentases al coronel.

- "el coronel" como le llamas es tu marido, Marga. ¡El padre de tu hijo, por Deus!

- Meu filho crecerá muy bien con su madre, amigo. Lejos de la influencia de ese fracasado.

-Necesitará, más temprano que tarde, una figura paterna. Alguien que le guíe, Marga.

-Ya conseguiré yo a otro hombre, entonces.

Y dicho y hecho, ni bien la señora Margarita Passi ex de Terranova puso pies en Lima, Perú, consiguió el respaldo de un hombre acaudalado llamado Umberto Buendía Caisedo. Este hombre se enamoró de la despampanante mujer y poco -por no decir nada -le importó que esta viniese con un hijo a cuestas. es más, quiso darle su apellido al niño, pero hay cosas que simplemente no se pueden hacer y esa fue una de ellas. Buendía era hombre duro, frío y desalmado en cuanto a sus negocios. Estaba, por no decir otra cosa, completamente dispuesto a hacer lo que fuese con tal de cerrar excelentes negocios que le conviniesen tanto a él como a sus finanzas. Y eso fue lo que le inculcó a su hijastro.

-En cuestión de negocios nunca tengas reparo alguno para lograr tus objetivos -le decía siempre -ya sabes, hay veces en que el fin justifica los

medios.

Y, gracias a crecer con esa filosofía, Joao se hizo afín a esta creencia. Estudió derecho -más por afán de entrar en política -y se volvió gran amigo de los más influyentes catedráticos de la facultad de leyes en la que cursó carrera. Claro, la fortuna Buendía ayudó y mucho. Una semana antes de salir de la universidad, sin embargo, un acontecimiento llegó a perturbarle la vida al arrogante, orgulloso y pagado de si mismo Terranova. El renombrado abogado Danilo Calderón le llamó por teléfono.

-Buenas -saludó Terranova - ¿quién habla?

-Necesito hablar con Joao Terranova, por favor.

-Con él habla, señor.

-Buenas tardes tenga usted, futuro colega. Soy Calderón, Danilo Calderón. ¿E de suponer que le suena mi nombre?

Terranova sonrió. Esperaba que Calderón le llamase (por algo tenía contactos que le informaban de algunas cosas) pero no creía que lo hiciese directamente él mismo.

-Claro, amigo Calderón. ¡Si es usted uno de los referentes como mejor abogado que se nombra en mi universidad!

-Bien, me entusiasma de sobremanera saberlo, porque estoy por ofrecerle la oportunidad de su vida, querido Joao.

-Dígame usted, a qué se refiere.

-Tengo entendido, si es que no estoy en un craso error, que usted finiquita sus estudios dentro de una semana. Si me equivoco corríjame, por favor.

-No, no lo hace. Está usted bien informado.

-Pues dentro de una semana puedo hacerle una entrevista para que usted entre a trabajar directamente en mi oficina, eso gracias a las buenísimas referencias que me han sido dadas por parte de determinados conocidos confiables.

-Tenga usted por seguro que ahí estaré, señor. Diga usted la fecha... ¿me supongo que en su oficina?

-Supone bien, Terranova. A 10:00am, por favor. Solicito la puntualidad,

ante todo.

Y, sin dejar que Joao se despidiese, Danilo Calderón colgó dejando en nuestro querido protagonista una sensación de triunfo y fría determinación. La siguiente semana Joao Terranova no acudió puntual. No, llegó con quince minutos de anticipación, solo por si las dudas. Entró al adornado antedespacho de Calderón, en el cual se encontraba una secretaria de ojos almendrados y cabellera larga negra que le caía por la espalda.

-Buenos días -saludó Terranova poniendo sonrisa cordial y agradable. La mujer ni se molestó en mirarlo fijamente, solo le dedicó una ojeada rápida y profesional.

- ¿Quién es usted y qué desea, señor?

-Soy Joao Terranova, tengo dentro de unos minutos una cita con el abogado Calderón y solo deseo esperarle.

-Bien, entonces tome asiento en alguno de los asientos pegados a la pared -mientras hablaba los señaló -y espere al jefe.

Joao hizo lo que se le indicó. Minutos después la puerta que daba al despacho de Calderón se abrió, justo a 10:00. De pie la figura de Danilo Calderón no podía ser descrita más que como imponente. Hombros anchos, brazos musculosos, piel morena, cabello negro, altura de aproximadamente 1,93 o algo así, ojos azules y de mirada penetrante.

-Veo que es usted puntual, querido Joao. Pase, por favor.

Terranova se levantó y siguió al abogado al interior de su despacho con la mayor tranquilidad del mundo. Lo que no esperaba, claro, era encontrar junto al abogado a una mujer con el mismo color de ojos que Calderón, cabello castaño y el mismo aspecto fuerte e imponente que el ya anteriormente nombrado.

-A -dijo Danilo dándose cuenta de que Joao la miraba -ella es mi hija Sandra, querido futuro colega. Ella le realizará la entrevista de trabajo.

-Gracias por presentarme, padre -intervino Sandra -pero eso creo mejor lo hago yo. Luego se levantó de delante del escritorio de su padre, tendiéndole la mano a Terranova. Este la estrechó, sorprendiéndose por la energetisidad que ese mero acto le transmitió.

-Bueno, yo me voy y te dejo trabajar, Sandra.

-Si, papá. Eso será lo mejor.

Danilo salió tranquilamente, con una sonrisa de orgullo en su rostro.

-Siéntese usted, señor Terranova -dijo Sandra al tiempo que se situaba en la silla principal detrás del escritorio.

-Si, claro -dijo Joao tomando asiento.

-Sé que es usted hijo de un antiguo coronel brasileño, ¿verdad?

-Si, pero no veo la importancia...

-Ya la verá, ya la verá. Su padre fue Hugo Terranova, hombre que para desgracia de su nación convirtiese en alcohólico, inestable y supremamente conflictivo.

El rostro de Terranova se puso tenso.

-Estoy aquí por trabajo.

-Ya, pero con semejantes antecedentes paternos... la causa del alcoholismo de su padre se debió a una gran presión, más que todo laboral, y yo solo me preguntaba si usted no tiene o podría llegar a tener una que otra mala tendencia...

-Mire, si esto es algo psicológico...

-Podría ser llamado así.

-Pues sepa que hay cosas que yo puedo manejar mucho mejor que mi padre, a quien por cierto no veo hace ya años.

-Bien. Ahora pasemos a otras cuestiones. Le propongo algo: imagínese que usted trabaja aquí y que viene a pedirle una autoridad importante - político, para aclarar -le ayude usted a cubrir cierta actividad potencialmente perjudicante a cambio de una suma considerable de dinero.

En los ojos de Terranova brilló la codicia.

- ¿quiere la verdadera respuesta?

-Con total sinceridad, amigo.

-Pues... dependería de la suma ofrecida y del nivel de riesgo que

tuviésemos que correr.

- ¿Y su ética profesional, su valor de honestidad?

Joao hizo un gesto despectivo.

-Vamos a ser claros, señorita. En este mundo eso de ser honestos, justos, solidarios y todo lo demás suena muy bonito... pero es completamente irreal.

-Y es irreal por personas que lo creen así, por personas que se empeñan en que lo sea. Personas como nosotros, vamos.

Joao asintió.

-Habla usted con razón, pero hay veces en que es mejor seguirle la corriente a todo el mundo... actuar, como se dice, de acuerdo con lo que se espera.

-Y hay otras veces, y eso lo debe aprender usted, en las que se debe poner ante todo las creencias de uno. ¿Sabe qué hubiera hecho yo en caso de que intentasen coimearme?

-Supongo que comentarlo con su padre.

-No, nada de eso. Yo creo firmemente en que algo hay de rescatable en el mundo y, de haber estado yo en un caso así, hubiese mandado a ese político a la mierda. Así de simple.

- ¿Ha pensado usted en las consecuencias que causaría eso?

-Probablemente perjudicaría una relación de negocios de mi padre y dañaría un poco su estabilidad económica. Pero entre usted y yo hay una diferencia: a mí, papá me educó para que hiciese lo que hiciese siempre anteponga mis creencias a la conveniencia. A usted, por el contrario, le educaron para creer que lo más importante es el dinero, los negocios, los contactos... todo eso.

-Y me puede ir muy bien con "todo eso", téngalo usted por seguro.

-Pero no aquí, Joao, no en el círculo de mi padre. Porque contrariamente a lo que usted piensa los Calderón no somos una panda de sónicos arrogantes y capaces de cualquier cosa. Tenemos nuestros tropiezos, como todo el mundo, pero tenemos límites. Y si usted sobrepasa esos límites, como creo lo haría, no sería usted digno de confianza por parte nuestra.

Joao se levantó, con los ojos destellantes de furia.

-Pues si usted y su padre ya sabían cómo soy, no veo el por qué me citaron aquí.

-Solo para comprobar, Joao. Tiene usted gran potencial para ser un político manipulador y hacer fortuna, pero permítame darle un consejo. Nunca, jamás, se fíe de la gente a la que llame amigos. Una persona como usted es propensa a recibir traiciones múltiples principalmente porque usted es o será propenso a traicionar a quienes confíen en usted.

Con tono puramente sarcástico, Terranova dijo mientras se daba la vuelta para retirarse.

-Gracias por su amable consejo, tenga por seguro que se volverá mi filosofía de vida.

Luego salió, sin poder evitar dar un portazo. A él no le importaban esos límites moralistas que los perdedores se imponían, y estaba seguro de que tarde o temprano ese afán de hacer lo que creían correcto y no lo conveniente arruinaría a los Calderón. Y él estaría ahí para verlo. Claro que estaría ahí y no se molestaría en darles la mano. Por favor, a él que nadie le dijese sobre límites y conveniencia.